

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, DICIEMBRE 1º DE 1875.

{ NUM. 97.

### CONVERSACIONES

SOBRE

### LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

#### CONVERSACION TERCERA.

(Continuación de la precedente.)

#### EL DILUVIO.—LOS VOLCANES.

*Elvira.*—Un hombre ilustre, \* un amigo de la naturaleza, que pasó su vida estudiándola y escribiendo su historia, dice, hablando del asunto que nos ocupaba hace un momento: «Las desigualdades que hay en la superficie de la tierra, y que podrían considerarse como una imperfección en la figura del globo, son una disposición favorable al mismo tiempo que necesaria para conservar la vegetación y la vida sobre el globo terrestre. Para convencerse

«de ello, basta fijar un momento la atención y concebir lo que sería la tierra si tuviese una superficie igual, regularmente unida.

«Un mar triste cubriría el globo entero, y solo quedaría en la tierra, de todos sus atributos, el de ser un planeta oscuro, abandonado, y destinado cuando más á ser habitación de peces.» (*Teoría de la Tierra*. Historia natural, tomo II.)

Tal era acaso el estado de este globo en el primer día de la creación, cuando estaba cubierto de espesas tinieblas, y era solo una masa informe y vacía\*; pero entonces no tenía que nutrir la tierra ni animales, ni vegetales. Puede creerse que en el tercer día, cuando Dios, con una palabra, separó las aguas de lo árido de la tierra, y mandó á ésta que produjese yerbas y plantas; cuando las aguas, obedientes á la voz del Creador, se precipitaron en el cauce que él les había formado, y los dos hemisferios se mostraron como dos grandes islas sobre la doble faz del globo; puede creerse, que desde ese momento presentó la tierra elevaciones y depresiones semejantes á las que hoy vemos, y que llamamos montañas y valles. Sin estas desigualdades, el globo no hubiese

sido propio para la producción y la conservación de la mayor parte de los seres que Dios quiso colocar en él. El suelo que las aguas dejaron descubierto se parecía probablemente al que continuaron cubriendo, y sabido es que el fondo del mar está erizado de escollos, socavado por simas, cubierto en una palabra, de asperezas como la superficie de la tierra. Lo que prueba también que en una época bien próxima á la de la creación del mundo que habitamos debía haber montañas, que la Escritura Santa nos dice que el Paraíso terrenal (morada deliciosa donde Dios puso al primer hombre, Adán, y á Eva, la mujer primera), estaba regado por cuatro ríos: esos ríos debían tener su nacimiento en montañas.

*Valeria.*—¡Pues qué! ¿nacen los ríos en las montañas?

*Elvira.*—Sí, las montañas tienen la propiedad de detener los vapores que se levantan de la mar. Reunidos en esas regiones elevadas, se condensan y forman lagos ó ventisqueros, según la temperatura que en ellas reina. De estas especies de depósitos nacen los arroyos, los cuales, reuniéndose, forman riachuelos y ríos. Tú sabes la diferencia que hay entre.....

*Valeria.*—Sí, ya me lo has dicho varias veces. Los arroyos confluyen en los ríos, y los ríos, sin perder

\* Buffon.

\* Expresiones del Génesis.

su nombre, van á desembocar en una *mar*; porque, segun parece, hay un gran número de ellas. Tú me has dicho, por ejemplo, que el Sena desemboca en el *mar de la Mancha*, que el Loira desemboca en el *Océano*, el Ródano en el *Mediterráneo*, y aun me has nombrado otros varios.

*Elvira*.—Es cierto. Y sin embargo, hablando con exactitud, no hay mas que una sola *mar*, que rodea el globo, y en la cual están situados todos los continentes; pero sus diversas partes se distinguen con nombres diferentes. Al rededor del polo del norte, toma el nombre de *mar Glacial*; entre Europa y Africa, por una parte, y la América por otra, el de *Océano Atlántico*; se llama *mar Pacífico*, la parte que se halla entre el Asia y la América; y *mar de las Indias* la que está al sud del Asia: esos son los cuatro mares principales. Hay otros mas pequeños cuyos nombres te enseñaré un poco mas tarde. Pero como te he dicho, todos esos mares no son sino las diferentes partes de uno solo, que, bajo diferentes nombres, cubre mas de la mitad del globo.

*Valeria*.—Pues si todos los rios derraman sus aguas en ese *mar*, debe aumentarse á cada momento. Me parece que, al fin, llegará el caso de que salga de su cauce é inunde la tierra.

*Elvira*.—Así sucedería sin duda si el *mar*, por diversas causas, no perdiese continuamente una parte de sus aguas. Una cantidad de ella se evapora y orma nubes. Estas nubes, atraídas como te he dicho, por las montañas, se reducen á agua ó á hielo.

*Valeria*.—¡Ah! ya lo comprendo: las aguas del *mar* se van á las montañas, y las aguas de las montañas se vuelven á la *mar*. Pero, *Elvira*, tú me dices que las montañas son tan viejas, y el otro dia me hiciste notar una muy negra, que solo existe desde hace pocos años.

*Elvira*.—Las hay de diversas fechas. Las unas existen desde tiempo inmemorial; otras se han formado en diferentes tiempos y por diversas causas. La tierra ha sido alterada por muchos acontecimientos desde el instante en que Dios la dió por morada al género humano: el mas importante fué el diluvio, que tuvo lugar mil quinientos años despues de la creacion del hombre.

*Valeria*.—Y ¿qué es el diluvio?

*Elvira*.—Una grande inundacion.

*Valeria*.—¿Se inundó la tierra toda?

*Elvira*.—Sí, hija mia. Tú debes haber leído en la Biblia la narracion de este terrible acontecimiento. Pero quizá lo leiste sin atencion y lo has olvidado.

*Valeria*.—Cuéntame esa historia, *Elvira*. Olvido con frecuencia lo que leo, pero nunca lo que tú me refieres.

*Elvira*.—Los hombres, que Dios habia criado buenos y felices, se volvieron tan malos que Dios quiso castigarlos de un modo terrible. Hé aquí cómo habla la Sagrada Escritura de este grande acto de justicia del Creador, irritado por la ingratitude de sus criaturas.

El año del mundo 1536, apénas habia muerto Adán, la malicia de sus hijos llegaba ya á tal extremo, que Dios no podia sufrirlos mas. *Vió con profundo dolor que los hombres pensaban solo en el mal, y, no reconociendo ya en ellos vestigio alguno de su obra, se arrepintió de haberlos criado*. Pero entre tantos criminales se hallaba un justo. Noé encontró gracia ante Dios, y á causa de él no fué anodado para siempre el género humano. El señor declaró á ese justo que habia resuelto castigar á la tierra con un diluvio universal, pero que habiéndose separado él, Noé, de los demás hombres cuando obraban el mal ante su Dios, seria separado igualmente de los perversos en el momento en que recibirian el castigo de sus crímenes. Le ordenó, pues, que construyese un arca, ó grande barco cuadrado, marcándole exactamente la forma y las dimensiones que habia de tener. Noé hizo lo que el señor le mandó: ocupóse cien años enteros en la construccion del arca, y durante todo este tiempo no dejó de advertir á los hombres de las desgracias que les amenazaban, y de instarles á que aplacasen con su arrepentimiento y su conversion la cólera del Señor. Pero los hombres despreciaron las advertencias de Noé, y se burlaron de sus palabras.

Los tiempos se cumplieron, y el dia de la venganza llegó. Terminada el arca, Dios mandó á Noé hiciese entrar en ella siete parejas de cada especie de *animales puros, y dos parejas de cada especie de animales impuros*. Hechas estas cosas, Dios mandó á Noé que entrase en el arca él con sus tres hijos, y las mujeres de sus tres hijos; y cuando hubieron entrado, *Dios mismo cerró la puerta* de esta arca de salvacion. En el mismo instante, todas las cataratas del cielo se rompieron, los mares salieron de su centro, y toda la tierra fué cubierta por las aguas, las cuales subieron quince codos sobre las mas altas montañas de la tierra. Estos torrentes de lluvia cayeron sin interrupcion durante cuarenta dias y cuarenta noches. Los hombres, los animales de la tierra, las aves del cielo, todos perecieron. Todo cuanto tenia vida fué ahogado por las aguas, excepto lo que se encerraba en el arca, la cual bogaba pausadamente sobre las olas furiosas y desencadenadas, sin que su violencia y sus esfuerzos hiciesen otra cosa que elevarla mas hácia los cielos.

En fin, Dios hizo que soprase un viento muy fuerte para secar la tierra, y poco á poco bajaron las aguas que la cubrian. A los once meses de haber comenzado el diluvio, Noé abrió la ventana del arca y soltó al cuervo, el cual no volvió. Poco despues, dejó ir á una paloma; ésta no halló un paraje seco donde descansar, y volvió á Noé, el cual sacó la mano por la ventana para recibirla, y la volvió á entrar en el arca. La volvió á dejar ir como un mes mas tarde, y cuando volvió traía en el pico un ramo de oliva verde, signo que demostró á Noé que el diluvio habia concluido.

Noé y su familia salieron, pues, del arca un año despues de haber entrado en ella por orden de Dios.

Hicieron salir luego los animales que habian encerrado consigo, y Noé ofreció á Dios un sacrificio de accion de gracias. El Señor tuvo por agradable este sacrificio del justo Noé, y le prometió que el mundo no volveria á ser destruido por un segundo diluvio. Noé vió entonces desarrollarse en el cielo un arco luminoso con siete brillantes colores: Dios le dijo que ese arco iris era señal de la alianza que hacia con él y con sus descendientes.

*Valeria*.—Dios fué bien severo esta vez.

*Elvira*.—Siempre lo es para los que desprecian sus amenazas y perseveran constantemente en el mal. « El Señor, dice un gran Santo, es paciente por que es eterno. » Mas su justicia se hace sentir luego que su misericordia ha durado largo tiempo. No seria infinitamente perfecto, si no fuese infinitamente justo, así como infinitamente bueno. Por el diluvio vemos que el gran número de culpables no es un inconveniente para que él los castigue.

*Valeria*.—Y ¿cómo se volvió á poblar la tierra?

*Elvira*.—Cada uno de los hijos de Noé se marchó á un país diferente. Todos tres tuvieron hijos, los cuales, cuando hubieron crecido, dieron la vida á otros hijos: así se volvió á poblar el mundo.

*Valeria*.—Y ¿cómo sabemos nosotros que hubo un diluvio?

*Elvira*.—Lo sabemos porque nos lo refiere la Biblia, libro admirable, escrito por orden y bajo la inspiracion del mismo Dios. Además, se hallan en la naturaleza pruebas materiales de esta grande catástrofe; y despues de cuarenta siglos, la tierra conserva aún las cicatrices, si puede decirse así, del golpe terrible que recibió casi al nacer. Sobre las altas montañas se ven peces, conchas petrificadas, que prueban haberlas cubierto la *mar*; en las entrañas de la tierra, en el corazon mismo de las rocas y de los minerales, se encuentran animales fósiles de diferentes especies y tamaños: estos extraños fenómenos, y otros mil de que tendré ocasion de hablarte, atestiguan que la tierra ha sufrido alguna violenta conmocion. Con efecto, durante esta terrible crisis, han debido aplomarse las montañas por la sacudida del terreno y de la masa entera que las componia; otras han debido formarse entonces y despues por la aglomeracion de arenas, de restos de animales y de vegetales, y de las materias de toda especie que las olas arrastraban.

Pero no es eso todo: muchos accidentes, ménos importantes que el diluvio, pero espantosos sin em-

bargo, han operado despues revoluciones parciales en el globo. Ciudades enteras han desaparecido, destruidas por temblores de tierra, y hasta provincias han sido devoradas por la ardiente lava de los volcanes. ¿No te he hecho ver sobre la montaña L\*\*\* el lago de San F\*\*\*, en vez del cual existia en otro tiempo una ciudad? Un espantoso temblor de tierra conmovió el monte, y arrancó de él la cúspide, la cual se sepultó en tierra juntamente con la ciudad que la coronaba.

*Valeria*.—Sí, y dicen que en esa ciudad habia un convento, y en ese convento una iglesia con su campanario tan hermoso como el de N\*\*\*, y una campana tan grande como la de Toledo; y que muchas veces se oye, en medio de la noche, esa campana que toca á maitines en el fondo del agua.

*Elvira*.—Sin duda no necesito decirte que ese es un cuento. Pero volvamos á nuestra conversacion: á los volcanes y á los temblores de tierra. Hay en Italia, cerca de una ciudad llamada Nápoles, una de esas montañas abrasadoras; se la llama el Vesubio. En tiempos ordinarios, nada particular presenta el aspecto de ese volcan, su altura es mediana, tiene una forma cónica (es decir, parecida á un pilon de azúcar), y un color ceniciento por todas partes. El cráter ó boca del volcan, en sus momentos de tranquilidad, exhala solo algunos vapores que no son un tanto sensibles sino por la mañana y por la tarde. Entonces puede bajarse sin peligro al cráter. Mas á estos intervalos de descanso suceden dias de violencia y de furor. ¡Desgraciado del que se acerque entonces al volcan! La montaña se conmueve y parece agitarse en sus profundas bases; vomita torrentes de llamas y de humo, rios de lavas y de cenizas que cubren y devoran cuanto alcanzan. Esas terribles conmociones se llaman erupciones de un volcan.

La erupcion mas desastrosa del Vesubio, cuyo recuerdo se haya conservado, tuvo lugar el año 79 de la era cristiana. Muchas ciudades considerables, y entre otras dos cuyos nombres se han hecho célebres, Pompeya y Herculano, fueron sepultadas vivas en una *mar* de betun inflamado, y así han permanecido, durante diez y siete siglos, cubiertas de una montaña de cenizas ferruginosas.

*Valeria*.—¿Lo están aún?

*Elvira*.—No, amiga mia; ya se las ha exhumado en parte. Se ha podido reconocer la extension de estas ciudades, su recinto, sus calles, sus templos, sus baños, sus teatros llenos de espectadores que la muerte sorprendió en medio de una fiesta. En las casas se han hallado muebles, libros, y hasta comestibles: en cada calle, en cada casa, esqueletos de hombres, de mujeres, de niños, de animales. Hombres que se dirigian al baño; mujeres trabajando junto á una mesa; sacerdotes en rededor del altar, y que tenian aún entre sus manos los instrumentos del sacrificio; centinelas con las armas en las manos dentro de sus garitas, un gran número de espectadores reunidos en el anfiteatro y heridos todos á la vez de una misma y horrible muerte: hé ahí lo que han ofrecido despues de tantos años esas ciudades muertas y silenciosas.

*Valeria*.—¡Ah! es espantoso, pero excita la curiosidad: ¿cómo quisiera yo ver esas ciudades sepultadas y desenterradas despues?

*Elvira*.—En tu mano está el verlas: ¿no ha formado tu papá el proyecto de hacer el año que viene un viaje á Italia, y no te ha prometido llevarte si hablas ya bien el italiano? Aprovecha, pues, las lecciones que te doy, y verás ese país maravilloso, con todos los prodigios que encierra. Las milagrosas exhumaciones de la Campania, el hermoso cielo de Nápoles, las obras maestras de las galerías de Florencia, las ondas azules que sostienen á Venecia, á la bella Venecia! los admirables monumentos de Roma y sus ruinas mas admirables aún. Un poco de aplicacion, ángel mio, y verás todo eso.

*Valeria*.—¿Con qué ahinco voy á estudiar ahora el italiano! Dime, *Elvira*: ¿querrás hacerme traducir una página mas cada dia?

*Elvira*.—¡De muy buena gana, corazon mio! Por lo demás, el placer de ver la Italia no será el único que te proporcionarán tus adelantos. Tú no puedes

concebir hoy todo el encanto que hallarás cuando seas grande en los sublimes y armoniosos versos del Taso y de Alfieri, las celestiales poesías del Dante y del Petrarca.

*Valeria.*—Mucho placer puedo prometerme desde ahora en la lectura de esos libros, si he de juzgarlos por el que á tí te causan, prima mía. Mas por lo que hace al viaje á Italia, papá pone aun otra condicion, como tú sabes: que empiece á dibujar bien.

*Elvira.*—Y tiene mucha razon en exigir esa condicion, pues duplicará el placer de tu viaje. ¿Cómo verás tantos paisajes, tantos objetos que atraerán tu atencion sin desear conservar un bosquejo de ellos? ¿Cómo verías la bahía de Nápoles ó las cascadas de Tívoli sin querer conservar en tu álbum, cuando ménos una imágen imperfecta que recuerde la impresion que su vista te causó?

*Valeria.*—¿Las cascadas de Tívoli? Te he oido nombrarlas muchas veces: ¿quieres decirme lo que son?

*Elvira.*—Caidas de agua parecidas á las del Salles, pero incomparablemente mayores y mas bellas. Tú has visto las de Salles, ¿no es verdad?

*Valeria.*—Las he visto el año pasado; pero era yo tan pequeña! Bien quisiera verlas este año, y contigo.

*Elvira.*—Pues bien, amiga mia; si tu papá lo consiente, mañana montaremos á caballo é iremos á pasearnos á Salles.

*Valeria.*—¡Oh! sí, consentirá en ello, y apostaría á que será tan complaciente que nos acompañará.

*Elvira.*—Yo tambien lo creo así. Conque para mañana ese paseo.

*Valeria.*—Sí, porque el de hoy está ya concluido. Ya hemos llegado, sin advertirlo, á causa de nuestra conversacion, á la puerta de casa.

## Los dos gatos.

(FABULA.)

Dos gatos, descendientes  
Del noble Rodilardo,  
Dignos de tal origen  
Por sus ilustres rasgos,  
Servian, aunque amigos,  
A diferentes amos.  
El uno se veía  
Muy mantecoso y lardo,  
Y el otro pobrecillo  
Sin fuerzas, triste y flaco.  
Un dia el esqueleto  
Le dijo así al hermano:  
—¿En qué consiste, dime,  
Que siempre estás holgando,  
Y tu señor, no obstante,  
Te dá tan bello trato  
Como tu piel revela,  
Y á mí, que trabajando  
Estoy de noche y dia,  
Del sótano al tejado,  
Tan mal me trata el mio  
Cual dice mi espinazo?  
—No hay cosa mas sencilla,  
Le respondió el bigardo:  
Tú corres todo el dia  
Para cazar acaso  
Un triste ratoncillo,  
Y yo estoy entre tanto  
Mil monadas haciendo  
Alrededor del amo,  
Que con racion decente  
Me paga los halagos;  
Yo brinco hasta su mesa,  
Yo en su sofá descanso,  
Y así paso una vida  
Como otro papiniano;  
Y ¿á qué costa? ya lo oyes;  
Por hacerle arrumacos,  
Por esconder las uñas  
Cuando le doy la mano.  
Desengáñate, nécio,  
Que en el siglo en que estamos,

El que medrar quisiere,  
Segun autores varios,  
No el arte de ser útil  
Estudie como antaño,  
Pues basta solamente  
Que complacer sepamos.

*Yo conozco doctores  
Dos veces graduados  
Que en tan sutil materia  
No saben otro tanto.*

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO V.

#### DEL MODO DE CONDUCTIRNOS EN SOCIEDAD.

### ARTICULO VII.

#### DEL TACTO SOCIAL.

#### I

El tacto social, cuya definicion se dió en los PRINCIPIOS GENERALES (§. XXIV, capítulo 1<sup>o</sup>), debe considerarse como el mas alto y mas sublime grado de la cortesania, pues él supone un gran fondo de dignidad, discrecion y delicadeza; y es por esto que las personas de tacto son las que mejor conocen los medios de ocupar siempre en sociedad una posicion ventajosa, las que tienen el don de agrandar en todas ocasiones, las que se atraen en todas partes la consideracion y el cariño de los demás, aquellas en fin, cuya compañía es siempre apetecida y siempre se echa de ménos. En muchos lugares de esta obra se encuentran reglas que tienden evidentemente á formar en nosotros el tacto social; y así por esto, como por que esta materia no se presta á ser tratada en toda su extension en una obra elemental, nos limitaremos á presentar algunos casos que requieren la posesion del tacto, los cuales sirvan como de paradigma de todos los demás.\*

#### II

Hay ciertas reglas que sirven de base y fundamento á todas las demás reglas del tacto, y son las siguientes: 1<sup>a</sup>, respetar todas las condiciones sociales, considerando en cada una de ellas la dignidad y el valor intrínseco del hombre, sin establecer otras diferencias que aquellas que prescriben la moral y la etiqueta: 2<sup>a</sup>, respetar el carácter, el amor propio, las opiniones, las inclinaciones, los caprichos, los usos y costumbres, y aun los defectos físicos y morales de todas las personas: 3<sup>a</sup>, adaptarse con naturalidad en todas las situaciones sociales, á las circunstancias que á cada una sean peculiares: 4<sup>a</sup>, elegir siempre la mejor oportunidad para cada accion y cada palabra, de manera que jamás se produzcan en los demás impresiones desagradables, y que por el contrario, no se haga ni se diga nada que no sea respectivamente grato á cada persona.

#### III

Es poco tacto hacer costosos y frecuentes obsequios á aquellas personas cuyos medios no les permiten retribuirlos dignamente.

#### IV

Jamás nos detengamos á encarecer las ventajas y los goces que la naturaleza ó la fortuna nos hayan proporcionado, delante de personas que se hallen en la imposibilidad de disfrutarlos tambien; ponderando, por ejemplo, á un pobre nuestra riqueza y nuestras comodidades, á un ciego la belleza de un prado ó de una pintura, á un valetudinario nuestra robustez y la salud de que gozamos.

\* Dejamos á los maestros el presentar á sus discípulos cuantos otros casos les sugieran sus propias observaciones, y el conocimiento práctico de la sociedad y del corazon humano.

#### V

A las personas demasiado impresionables, de imaginacion exaltada ó de espíritu apocado, no se les refieren innecesariamente hechos sangrientos, ó que bajo cualquiera otro respecto causen horror ó conmuevan fuertemente el ánimo; y cuando la necesidad obligue á entrar con ellas en conversaciones de esta especie, se ahorrarán todos los pormenores que no sean absolutamente indispensables, se procurará emplear un lenguaje que neutralice en lo posible la fuerza de las impresiones, y nunca se elegirán para ello las horas próximas á aquella en que han de entregarse al sueño.

#### VI

El hombre de tacto tributa siempre especiales consideraciones al amor propio, y aun á la vanidad de los demás; con aquella naturalidad y sencillez que excluyen toda sospecha de afectacion ó lisonja, toma parte en el placer que cada cual experimenta por sus propios talentos, por su riqueza, ó por su posicion social; manifiesta delicada y oportunamente reconocer la habilidad que el padre atribuye al hijo, el esposo á la esposa, el hermano al hermano, el amigo al amigo; oye ó examina atentamente, y luego aplaude la produccion que se le lee ó el artefacto que se le muestra como un objeto, digno de alabanza; ensalza el mérito del edificio que otro ha construido, del vestido ó la alhaja que ha comprado ó adquirido por donacion de un amigo; y dejando, en suma, á cada cual en el buen concepto que de sí mismo, de sus obras y de todo lo que le pertenece tenga formado, jamás destruye las ilusiones de nadie, ni contribuye por ningun medio á hacer que en los demás se sustituya el desengaño al error inocente y agradable, el desaliento al fervor, la frialdad al entusiasmo. (§. XL, capítulo 1<sup>o</sup>.)

#### VII

En general, es necesario contemplar en los demás las diferentes situaciones en que se encuentren, observando siempre una conducta que sea propia de cada caso. Así, por ejemplo, al que se halla afligido no se le dice nada que pueda aumentar su afliccion, ni se le excita, en los momentos mas crueles de su dolor, á dirigir su atencion hácia objetos que requieran un ánimo tranquilo: al que se halla alegre, al que se prepara á sentarse á la mesa, á entregarse al sueño, ó á tomar parte en un entretenimiento cualquiera, no se le habla de asuntos tristes, ni se le dá una noticia desagradable, cuando ello no sea absolutamente imprescindible ó pueda diferirse para mejor coyuntura: al que teme una desgracia no se le hacen observaciones que tiendan á aumentar su alarma: al que está próximo á emprender un viaje no se le refieren acontecimientos funestos ocurridos en la vía que ha de atravesar, cuando esto no ha de obligarle á omitir ó suspender el viaje, ni le es dable tomar medidas que le precavan de los riesgos que pueda correr; y por último, al que se encuentra preocupado de una idea triste, al que se cree desgraciado, al que posee un carácter melancólico, no se le discurre en términos que exalten todavía mas su imaginacion, ni ménos se le manifiesta ver con indiferencia sus padecimientos, aun cuando para esto no anime otra intencion que la de probarle que ellos no reconocen causas reales, sino meras exageraciones de la fantasía.

#### VIII

Abstengámonos de encarecer á una persona el mérito que encontremos en algun objeto que le pertenezca, cuando por debernos servicios importantes sobre todo si estos son recientes, ó por cualquiera otra consideracion, debemos temer que se crea en el caso de obsequiarnos presentándonos aquello que ya sabe cuánto nos agrada

#### IX

Es falta de tacto hacer detenidos elogios de un profesor delante de alguno de sus comprofesores; lo mismo que de una persona cualquiera delante de otra que sabemos le es desafecta.

## X

Necesitamos poseer un fino tacto para manejar-nos dignamente cuando se nos tributan elogios personales. No podemos rechazarlos bruscamente, porque apareceríamos á un mismo tiempo desagradecidos é inciviles; ni aceptarlos sin contradiccion como un homenaje que se nos debe, porque esta sería una muestra del mas necio y repugnante orgullo, ni manifestar con empeño que nos creemos enteramente destituidos del mérito que se nos concede y realmente poseemos, porque de esta manera parecería que deseábamos que se nos lisonjease todavía mas entrando á probar lo que negábamos. Iguales consideraciones deben guiar nuestra conducta cuando delante de nosotros se tributen elogios á personas de nuestra propia familia.

## XI

Evitemos cuidadosamente el decir de nosotros ninguna cosa que pueda directa ó indirectamente ceder en nuestro propio elogio. Verdad es que en ocasiones esto llega á ser hasta cierto punto imprescindible; pero tambien lo es que necesitamos de gran tacto para saber distinguir estas ocasiones y para conducirnos en ellas con tal naturalidad, que no aparezcamos inmodestos ó presuntuosos, ni por la vehemencia de nuestras expresiones, ni por una excesiva franqueza, ni por el empleo de frases cortadas, de palabras anfibológicas ó de reticencias, las cuales se ven siempre en estos casos como signos de aquella fingida modestia que sirven de disfraz al necio orgullo.

## XII

Para discurrir en sociedad sobre los vicios, las malas costumbres, las deformidades naturales, etc., veamos ántes si entre las personas que nos oyen hay alguna á quien nuestras palabras puedan mortificar, no ya por adolecer ella misma de los defectos de que hablemos, sino por hallarse en este caso alguno de sus parientes ó de sus amigos mas inmediatos. Y en general, siempre que en el círculo donde tomemos la palabra se encuentren personas que no conozcamos, abstengámonos de toda alusion personal, de toda expresion que bajo algun respecto pueda ser á alguien desagradable, y circunscribámonos á emitir ideas generales y de todo punto inofensivas, eludiendo delicadamente cualquiera excitacion que se nos haga para que tomemos parte en conversaciones que traspasen estos límites.

## XIII

Cuando en el círculo en que nos encontremos haya una persona tan grosera que se resuelva á hacernos intencionalmente alguna ofensa, opongámonos una serenidad inalterable, y dominémonos hasta el punto de que ni en nuestro semblante se note que nos hemos enojado. Una persona de tacto aparece en estos casos, á la verdad bien raros en la buena sociedad, como si no hubiese advertido que se ha tenido la intencion de ofenderla; y esta moderacion, esta delicadeza, este respeto á los demás, viene ya á ser una vindicacion anticipada, por cuanto deja enteramente entregado al ofensor á la reprobacion y aun á la indignacion de la sociedad, la cual es siempre la mejor vengadora del agravio que se recibe con magnanimidad y con nobleza.

## XIV

Grande debe ser nuestro tacto para conducirnos dignamente en sociedad, cuando alguna persona tenga la incivildad de expresarse delante de nosotros en términos ofensivos á alguno de nuestros parientes ó amigos. Respecto de nuestros parientes y de nuestros amigos íntimos, nuestro deber es defenderlos siempre, y excitar al imprudente que habla, bien que en términos comedidos y delicados, á respetar nuestros fueros y el derecho que la sociedad tiene á que no se la ocupe jamás en oír los desahogos de la vil detraction. Mas cuando se trate de nuestros demás amigos, y no oigamos que se les calumnian, que se les ridiculiza, ni se dice de ellos ninguna cosa que vulnere su honor, la prudencia nos aconseja que callemos ó procuremos hacer variar la

conversacion; pues como el que habla no reconoce entónces en nosotros títulos bastante legítimos para aspirar á contenerle, nuestra defensa podría mas bien excitarle á extenderse en su ataque, y haríamos á la persona atacada el mal de que se dijese de ella lo que acaso iba á quedar omitido.

## XV

No manifestemos nunca á una persona la semejanza, física ó moral, que encontremos entre ella y otra persona, aun cuando creamos lisonjearla por tener nosotros una alta idea de las cualidades de ésta. Y cuando habiendo tomado á primera vista á una persona por otra, saliéremos de nuestro error sin haber ella llegado á advertirlo, abstengámonos de imponerla de él indicándole la persona por quien la habíamos tomado,

## XVI

Cuando no nos sea bien conocido el grado de instruccion de la persona con quien hablamos, guardémonos de introducir en la conversacion citas ó alusiones históricas, de explicarnos en términos científicos ó artísticos, de dar por hecho que aquella ha leído una determinada obra, y sobre todo de dirigirle preguntas de este género que acaso no pueda satisfacer, y la hagan pasar por la pena de poner de manifesto su ignorancia.

## XVII

No basta que un hecho sea notorio, ni que la prensa lo haya publicado, para que nos sea lícito referirlo en sociedad: es además necesario considerar si su relacion podrá ser desagradable á alguna de las personas presentes, ó bajo cualquiera otro respecto inoportuno, ya sea por el hecho en sí mismo ó por alguna de sus circunstancias.

## XVIII

Cuando es indispensable y prudente el transmitir á una persona lo que contra ella se ha oído decir, debe silenciarse el nombre de aquella que lo ha dicho. Pero esto se entiende en la generalidad de los casos, y de ninguna manera cuando median consideraciones graves que racionalmente obligan á hacer una revelacion de este género. ¿Cómo podría un deudo ó amigo nuestro precaverse del mal con que le amenazara un enemigo, si no le hiciésemos conocer el nombre de éste? ¿Cómo suponer que se le oculte el de la persona que sabemos le traiciona, le odia, le deshonor y desea su daño, cuando vemos que la trata con candor é intimidad, le confia sus secretos y le dá él mismo las armas con que ha de herirle? ¿Merece acaso mayor consideracion el enemigo encubierto y cobarde, el infame detractor, el que traiciona la amistad y la confianza, que nuestro amigo inocente y desapercibido? Dificil es, á la verdad, el saber distinguir en muchos casos el aviso prudente y amistoso, de lo que realmente sea un chisme; y hé aquí precisamente en lo que consiste el tacto. El hombre que lo posee no incurrirá por cierto en la vileza de malquistar á unas personas con otras, por medio de revelaciones imprudentes y malignas; pero sí sabrá en todas ocasiones apreciar debidamente los hechos y sus circunstancias, y en tratándose de las personas á quienes debe consideracion y afecto, ya les advertirá el mal que digan de ellas sin indicarles quién lo dice, ya les hará además esta indicacion, ya omitirá una y otra cosa, segun lo que en cada caso le aconseje la prudencia y su propia dignidad y decoro.

## XIX

Nada hay mas indigno que revelar aquello que se nos ha confiado con carácter de reserva, ó que nosotros mismos conocemos debe reservarse, aunque para ello no se nos haya hecho especial recomendacion. El que no sabe guardar un secreto, no es apto para entender en ningun negocio de importancia, y aun cuando semejante defecto no tenga origen en un corazon desleal, él arguye por lo ménos un carácter ligero y vulgar, que aleja siempre la estimacion y la confianza de las personas sensatas. Mas como puede suceder que nos veamos en la

necesidad de hablar sobre alguna cosa de naturaleza reservada, conviene desde luego advertir que en esto debe guiarnos una profunda prudencia, y que raro será el caso en que no sea una vileza y una perfidia, el transmitir lo que se nos ha confiado bajo la condicion de una severa reserva.

## XX

En cuanto á imponer á los demás de aquellos asuntos de naturaleza reservada que tan solo á nosotros nos conciernen, pensemos que cuando esto no esté justificado por graves motivos, apareceremos notablemente indiscretos y vulgares; y que al mismo tiempo habrá de considerárenos como indignos de toda confianza, por cuanto no es presumible que sepa reservar las cosas ajenas quien no sabe reservar las suyas propias.

## XXI

Todavía deberemos ser mas prudentes y reservados respecto de los secretos y disgustos de familia. Es imposible conceder ningun grado de circunspeccion y delicadeza, á aquel que impone á los extraños de asuntos de esta naturaleza, sin que á ello le obliguen razones muy poderosas y de alta conveniencia para la propia familia.

## XXII

Cuando una persona nos manifieste las quejas que tenga de sus parientes ó amigos, ó incurra en la indignidad de hablarnos en términos á ellos ofensivos, guardémonos de proferir ni una sola expresion en apoyo de sus ideas; y si por cortesía debiéremos alguna vez tomar la palabra, hagámoslo de una manera neutral y siempre conciliadora, y procuremos delicadamente hacer girar la conversacion sobre otro asunto cualquiera.

## XXIII

No cedamos jamás á las excitaciones directas ó indirectas que se nos hagan, para ingerirnos en las disensiones que aquejen á una familia, cuando no nos sea dable contribuir eficazmente á restablecer en ella la paz y la armonía.

(Continuará.)

## El escritor y los ratones.

(FABULA.)

Quejábbase cierto autor  
De que hambrientos y atrevidos  
Unos ratones roian  
Sus mas preciosos escritos.  
Los colocó en otro armario,  
Se valió de gatos finos,  
Armó varias ratoneras;  
Ni por esas, ¡vive Cristo!  
Prosa, verso, historia; nada  
Respetaban los malditos:  
Del mismo modo mordian  
De Alejandro el heroismo  
Que los encantos de Clori.  
Nuestro hombre ya enfurecido,  
Que para estarlo un autor  
No ha menester gran motivo,  
Revuelve con soliman  
Su tinta, y ya mas tranquilo  
Vuelve á escribir: los ratones,  
Ignorantes del peligro,  
Roe que te roerás,  
Hasta que la trampa quiso  
Que reventaran. Al fin,  
Llevaron su merecido.

*Pero si el autor supiera  
Que no hay excelente escrito  
Que de uno á otro raton  
No llegue á verse roido,  
No envileciera su pluma,  
Como sucede á infinitos,  
Mojándola en un veneno  
Tan vergonzoso y nocivo.*